

Los intelectuales, la tierra fértil del kirchnerismo

Intellectuals, a Fertile Ground for Kirchnerism

Os intelectuais, terra fértil do kirchnerismo

Beatriz Sarlo

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Profesora jubilada de literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Dictó cursos en las universidades de Columbia, Berkeley, Maryland y Minnesota; Fellow del Wilson Center en Washington y Simón Bolívar Professor of Latin American Studies en la Universidad de Cambridge. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo* (Siglo XXI, 2005), *Escritos sobre literatura argentina* (Siglo XXI, 2007), *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana* (Siglo XXI, 2009), *La audacia y el cálculo* (Sudamericana, 2011) son sus últimas publicaciones. Correo electrónico: info@bazaramericano.com

Ensayo

Este artículo constituye una versión de los ensayos publicados en *La Nación* (Argentina) durante el año 2010.

SICI: 0122-8102(201301)17:33<18:LITFDK>2.0.TX;2-T

El kirchnerismo y los intelectuales

Ninguna encuesta los registra. Sin embargo, muchos están preocupados porque existen. No es una adivinanza. Es el kirchnerismo de intelectuales, académicos, profesionales, escritores, artistas y periodistas. Si se piensa la política solo a partir de los grandes números, se obtiene una “opinión pública” en la que ellos están ausentes porque no pesan como fracción encuestable. Se pierde, así, una zona extraordinariamente activa del mapa ideológico.

Cuando se habla de ellos fuera de la discusión política se reconoce la importancia de las capas intelectuales y se reclama que sus ideas sean atendidas. En abstracto, como cuestión de principios, casi todos piensan que los intelectuales y artistas tienen algo que decir sobre la sociedad en la que viven. Incluso en épocas en las que la televisión parece definir el mundo y sus alrededores, y se ha discutido mucho sobre la crisis del “intelectual tradicional” que le habla a la sociedad y la sociedad escucha; incluso cuando, en verdad, esa figura ya no es la que era en algunos lugares y en otros tiempos, ellos, los miembros de la capa intelectual, han seguido existiendo, pese al vaticinio posmoderno que los daba por muertos.

Afirmar que sus votos no sirven para ganar elecciones es una pobre tautología. Es obvio que, en términos cuantitativos, su número no pesa en los padrones. Pero las cosas no son tan sencillas. De pronto algo, que no es una novedad de las últimas horas, comienza a ser un tema de conversación política. Debería haber ocupado esa conversación antes, porque la experiencia de las últimas décadas indica que grupos minoritarios pero ideológicamente activos, dispuestos a invertir su energía no solo en las preocupaciones más inmediatas, fueron decisivos en los cambios que finalmente llegaron a la llamada “opinión pública”. Un ejemplo es quienes rodearon a Raúl Alfonsín cuando, a comienzos de los años ochenta, marchó para ganar el Partido Radical; otro, las organizaciones de derechos humanos; y, por si se necesita uno más, los que primero se ocuparon del medio ambiente y de las cuestiones relacionadas con la igualdad de derechos de las minorías. Ninguno de esos grupos formaba una opinión pública encuestable. Todos, en un determinado momento, lograron anclar en la política.

No tengo idea de qué puede pasar con el kirchnerismo intelectual. Es el resultado de una victoria de Néstor Kirchner que parecía improbable en 2003. Durante el conflicto con el campo, para poner una fecha que, como toda periodización, con el tiempo podrá ser corregida, sucedieron dos movimientos de sentido inverso dentro de las capas medias. Por un lado, las decenas de miles que, sin tener nada que ver con el campo, se movilizaron porque no acordaron con la forma exasperada en que el Gobierno tradujo ese conflicto como un nuevo enfrentamiento de la oligarquía y el pueblo. Por otro lado, quienes interpretaron

ese conflicto como el ataque a un Gobierno que, después de años de crisis, había restablecido algunos ejes políticos con los que podían identificarse y defendía a los “pobres” contra los “ricos”.

Quienes vencieron en el conflicto con el campo se disgregaron; el frente agrario se deshizo, como era muy evidente que sucedería; la súbita popularidad de Cobos ya no entusiasmaba sino a los cobistas y a las zonas más inertes de la opinión, porque no había nada más allí que el voto de una noche y una pelea entre radicales. Kirchner, que perdió en el conflicto con el campo, ganó a minorías intelectuales activas.

La Ley de Medios Audiovisuales fue el capítulo en el que se consolidaron esas adhesiones. Siempre pensé que ganar esas minorías representaba una victoria cultural que no debía subestimarse, porque cualquier gobierno, en cualquier parte del mundo, no prescinde de ellas. Probablemente hubo un solo momento en la historia argentina en que un gobierno pudo prescindir de (casi todos) los intelectuales: el primer gobierno de Perón, en el que la fuerza plebiscitaria era de tal calibre que vencía por fuera de todas las reglas. Pero después de esos años que transcurrieron hasta el golpe de Estado de 1955, siempre, de Frondizi a Cámpora, los elegidos estuvieron rodeados de una densa trama de discursos producidos por intelectuales. Una de las más patéticas debilidades de Arturo Illia fue precisamente el activismo de una opinión intelectual y periodística golpista y una gran movilización estudiantil en su contra.

El kirchnerismo intervino, creo que sin demasiada conciencia de lo que estaba haciendo, en esa batalla cultural. Néstor Kirchner no era un político interesado en ganarla, hasta que descubrió que esa victoria era importante porque se trataba de gente dispuesta a llevar su línea a los medios, no para convencer al público de los noticieros *prime time*, sino para consolidar, al costado de los noticieros, una fracción de las capas medias donde ellos, los kirchneristas, hasta ese momento tenían muy poco capital. Visitó las reuniones de Carta Abierta. Habilitó económicamente la utilización de medios públicos para convertirlos en órganos de gobierno. Sobre todo, les dio un reconocimiento material, en términos de salarios y apoyo a la investigación, a los universitarios de todo el país, con

1 Carta Abierta “es un conjunto de intelectuales argentinos reunidos en marzo de 2008 en defensa del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, a partir del paro agropecuario patronal, en que durante 129 días (entre el 11 de marzo de 2008 y el 18 de julio de 2008) las patronales del campo con el apoyo de un oligopolio de medios de comunicación realizaron una serie de medidas para interrumpir algunas actividades económicas, como el transporte interurbano, las exportaciones agrarias, bloqueos de rutas y puertos” (<<http://www.cartaabierta.org.ar/nueva/index.php/quienes-somos>>).

una gestión de ciencia y técnica tan buena como fue débil y errática la gestión educativa. Puso dinero y discurso donde había que ponerlos. Nunca los universitarios tuvieron mejores condiciones. Y no fue defraudado. Pero esto no explica la victoria, aunque la refuerce y le dé condiciones materiales. Quizá los grandes nombres de las ciencias sociales estén divididos entre kirchneristas y no kirchneristas; pero, en la segunda línea, la implantación kirchnerista es importante.

El otro rasgo de esta victoria es que ha interesado a gente que antes no había mostrado ni la menor inclinación por la política. No digo esto para señalar un déficit de los recién llegados, sino para subrayar la novedad de esas adhesiones (actrices, *celebrities*) que amplían el círculo más tradicional de entendidos. Es cierto que la calidad del discurso político no sube con estas incorporaciones. Pero quedarse con este juicio sería mezquino. Los cambios políticos se producen siempre con la llegada de aquellos que antes no estaban. De los dirigentes depende la calidad del ámbito que encuentren.

En un círculo característico, los intelectuales se dieron a sí mismos las razones de su apoyo a Kirchner. Una síntesis de estas razones puede leerse en los documentos de Carta Abierta y sus principales cabezas, que son textos sencillos en los que se desarrollan tres temas: el regreso de la política después de la crisis, el carácter popular de la gestión social de la pobreza, el restablecimiento de una noción de soberanía nacional. Esos tres puntos obviamente no incluyen ni la corrupción institucional, ni las presiones sobre la justicia, ni los delitos económicos, ni la gerencia clientelista de la miseria, ni el acuerdo con los representantes más típicos del caudillismo provincial o municipal y con el sindicalismo mafioso (los apellidos pueden variar).

La victoria cultural se apoya precisamente en esos olvidos. No es necesario explicar que son significativos porque le dan un orden a lo que se recuerda. Al pasar por alto los rasgos mencionados se establece una jerarquía de valores: lo que importa y lo que no importa. Precisamente, restituir un lugar significativo a la política es discutir esa jerarquía que el kirchnerismo intelectual acepta como límite. Es un gran momento para hacer esa discusión. Están los interlocutores y los temas; no vivimos en una crisis; y, sobre todo, del presente no se sale hacia atrás ni por repetición. No se sale construyendo fetiches historicistas. En algún momento próximo el duelo por Kirchner terminará. Su nombre será el de un gobierno sobre el que es posible hacer balances completamente distintos, criticar o defender. Pero será un nombre que designe el pasado, salvo que la Argentina quiera volver a un escenario poblado por fantasmas y aparecidos. En ese momento, será posible abrir otra discusión.

Los gurúes de los Kirchner

La sofisticación de la teoría de Ernesto Laclau sobre el populismo no es materia de esta nota. Quien la escribe ha leído atentamente *La razón populista* (2005), pero ahora seguirá el ejemplo de lo que hace Laclau cuando lo reportean: usar instrumentos menos abstrusos y, a veces, singularmente toscos. En Internet, el lector podrá leer esas intervenciones periodísticas a veces provocadoras. Los reportajes a Laclau enhebran sentencias apodícticas, enunciados cortantes, frases sin fisuras, mandamientos, irreverencias, aforismos irónicos y predicciones. Se siente autorizado por su obra y por su renombre, que cuida especialmente cuando adivina una amenaza a su estrellato, por ejemplo Slavoj Žižek (a quien Chantal Mouffe define como un revolucionario retórico y vociferante, y exime a su marido de la ingrata tarea de echar tierra sobre un competidor de la izquierda académica).

Visiblemente halagados, en una entrevista reciente, Laclau y Chantal Mouffe rememoraron anécdotas locales que no son comunes en Europa, donde viven. Parece que los asistentes al Congreso de Ciencia Política que hace poco tuvo lugar en San Juan les hicieron firmar ejemplares y los convirtieron en temporarias *celebrities* intelectuales. Pese a esta cordial resonancia entre los científicos políticos del Congreso, la lectura de *La razón populista* es una tarea para entrenados. En cambio, *En torno a lo político* (2007), de Chantal Mouffe, la muestra como una pensadora disciplinada y poco extravagante.

En sus libros Laclau tiene un estilo trabajoso; en sus reportajes es simple y va al grano. No es necesario que un político haya leído a Laclau para entender lo que dice en las entrevistas. La difusión de las ideas se produce en círculos concéntricos y esto lo saben bien quienes hacen historia de la cultura. De modo que, salvo para los especialistas, Laclau puede circular tranquilamente en su simplificada versión mediática. Vale como ejemplo de esa difusión la actual reivindicación de la palabra *enemigo* en vez de *adversario* que emiten muchos de los voceros del Gobierno, puesta en valor que probablemente se haya originado en académicos que hoy militan en el Poder Ejecutivo, como Juan Manuel Abal Medina. Digamos, de paso, que Chantal Mouffe no podría reivindicar este uso desafiante de la palabra enemigo por razones que se verán más adelante y que prueban mayor sutileza intelectual y sensatez política.

De todos modos, antes de tocar la carne palpitante de actualidad que pone Laclau en sus entrevistas, vale la pena mencionar algunas de las ideas de *La razón populista*, aunque se corra el riesgo de herir su oscuridad y simplificar sus arabescos.

Ernesto Laclau considera que, cuando un sistema político atraviesa una crisis que afecta las viejas formas y estructuras, cuando aparece disperso o

desmembrado como la Argentina a comienzos de este siglo, solo el populismo es capaz de construir nuevamente una unidad, articulando las demandas diferentes que estallan por todas partes y volviéndolas equivalentes, es decir, aptas para sumarse en un mismo campo. Por eso, el populismo no tiene un contenido definido de antemano, sino que depende de las reivindicaciones que se relacionen en esa nueva unidad. Al hacerlo se traza una frontera que divide a la sociedad en dos partes; una de ellas, el pueblo, es un “componente parcial que aspira a ser concebido como la única totalidad legítima” (88). Suena históricamente conocido.

Cuanto más demandas diferentes sean integradas, más amplio será el campo enemigo, hasta tal punto que el discurso populista gira en torno de un *significante vacío*. Pero no se trata de un vacío abstracto sino de un vacío que permite producir sentidos políticos, como –el ejemplo es de Laclau– la consigna *pan, tierra y libertad* o, con mayor actualidad, *capas medias versus morochos*.

Podría decirse que estas definiciones de Laclau se aplican a todo nuevo régimen político. También podría decirse que el trazado de una línea interna que separe las demandas de quienes las rechazan es la política misma, no solo la forma populista de la política. La intervención política ordena demandas y define conflictos. Para Laclau, la forma política apropiada (por lo menos para América Latina, pero no solo para América Latina) es el populismo, que puede ser de izquierda o de derecha, pero Dios quiso que, en este momento del continente, con Chávez a la cabeza, fuera de izquierda.

Hasta aquí la discusión podría desarrollarse en el empíreo de las ideas sin mayores consecuencias. Pero Laclau es incomparablemente más simple cuando saca la mirada del *significante vacío* y la pone en la política real. Allí se vuelve esquemático y sus ejemplos parecen un poco elementales y alejados de las múltiples determinaciones concretas. Sin muchas mediaciones, aborda los hechos como si encontrara en ellos la directa versión empírica de sus categorías ideales.

En una entrevista reciente, traduce vertiginosamente las tesis de su libro:

Si existe una demanda concreta de un grupo local sobre un tema como transporte y la municipalidad la niega, hay una demanda frustrada. Pero si la gente empieza a ver que hay otras demandas en otros sectores y que también son negadas, entonces empieza a crearse entre todas esas demandas una cierta unidad y empiezan a formar la base de una oposición al poder. En cierto momento es necesario cristalizar esa cadena de equivalencias entre demandas insatisfechas en un *significante* que las significa a ellas como totalidad: es el momento de la ruptura populista, cuando la relación líder-masa empieza a cristalizar. Pero hay todo un renglón intermedio que es el momento parlamentario. Ese momento muchas veces opera sobre bases clientelísticas y puede tratar de interrumpir la

relación populista entre masa y líder. Cuando ocurre, entonces tenemos a un poder parlamentario, antipersonalista, que se opone a la movilización de bases.

El servicial ejemplo de un grupo que pide una mejora en el transporte transcurriría antes del advenimiento del líder populista; con ese grupo, también en ese momento anterior, coexistiría otro que pide un sistema de salas de primeros auxilios y un tercero que reclama mejoras en las escuelas elementales. Todos tienen objetivos diferentes, pero el líder populista puede convertir esas demandas en una cadena de equivalencias que se enfrenten, por ejemplo, con los responsables de una injusta distribución del gasto público. En ese momento se traza una línea de separación y se funda un sujeto popular. Perón viene a la mente como el líder histórico que realizó esta paradigmática construcción de hegemonía, y se encuentra el nombre que desde entonces designa al enemigo del pueblo: la oligarquía, los vendepatria, etcétera.

Por eso, Perón, Chávez o cualquier líder populista están autorizados por el carácter de la operación hegemónica a limitar la república parlamentaria que distorsiona la política, ya que difiere o impide el trazado de una línea nítida y la definición del conflicto. Una “frontera interna”, que divida claramente al pueblo de sus enemigos, requiere una “invocación política”. Invocar quiere decir llamar y dar nombre: socialismo bolivariano frente al imperio, kirchnerismo frente a las corporaciones.

Sin embargo, a diferencia de lo que muchos pensamos y eventualmente tememos, Laclau sostiene que la conflictividad kirchnerista es incompleta. Por un lado no ha profundizado la frontera con los enemigos de todas las reivindicaciones populares; por el otro, no le ha dado un discurso a esa identidad que, de todos modos, ha contribuido a fundar.

Si alguien se imagina a Kirchner relamiéndose de gusto, alentado por esta explicación, y preparando nuevos tendidos de líneas divisorias, no se equivocará, aunque, para ser justos, también debería reconocerse que Kirchner no la necesita para hacer lo que hace y lo que hizo. Laclau agrega otros buenos argumentos para la persistencia en el poder de los líderes populistas (en general son los mismos argumentos por los cuales podría permanecer una dictadura):

Soy partidario hoy en América Latina de la reelección presidencial indefinida. No de que un presidente sea reelegido de por vida, sino de que pueda presentarse. Por ejemplo, por el presente periodo histórico, sin Chávez el proceso de reforma en Venezuela sería impensable; si hoy se va, empezaría un periodo de restauración del viejo sistema a través del Parlamento y otras instituciones. Sin Evo Morales, el cambio en Bolivia es impensable. En Argentina no hemos llegado a

una situación en la que Kirchner sea indispensable, pero si todo lo que significó el kirchnerismo como configuración política desaparece, muchas posibilidades de cambio van a desaparecer. (“Entrevista a Ernesto Laclau”)

Laclau ha ido depositando refinadas capas de teoría sobre su populismo de origen, aquel adoptado como hipótesis histórica en su primera patria intelectual: el partido y las ideas de Jorge Abelardo Ramos. Esto no es una revelación inquietante, ya que para Laclau, como se ha dicho, el populismo es la forma misma de lo político.

La cuestión debería matizarse cuando se lee a Chantal Mouffe e incluso cuando se registran sus opiniones en (una menor) cantidad de entrevistas. Chantal Mouffe no es una teórica del populismo sino que interviene en el debate sobre el carácter de la democracia. De modo legible y con claridad expone que la democracia no es simplemente un régimen de consensos sino el escenario de disputas que las instituciones encuadran dentro de sus reglas para que no se vuelvan destructivas. No podría estar más de acuerdo. Si Laclau no muestra ningún interés por el aspecto institucional de las democracias y sostiene solamente la legitimidad de origen (es decir, que un gobierno haya ganado elecciones), Chantal Mouffe está preocupada por redefinir la democracia no como la institucionalidad que solo permite la construcción de acuerdos que evadan las contradicciones reales, sino también el despliegue y la eventual resolución de conflictos. El foco de la mirada teórica de Laclau y Mouffe, en el último libro de cada uno de ellos es, por eso, diferente.

La pregunta sería: ¿es el gobierno de los Kirchner un gobierno populista? Si la respuesta es afirmativa, la crítica liberal institucionalista es obtusa por su fijación en los pormenores sin grandeza política de la administración. Pero no sería posible criticarlo por lo que no se propone ser: su legitimidad, como la de Chávez, es una legitimidad de origen, y sus modalidades son las de un liderazgo que ha comprendido que, frente al viraje de Occidente hacia la derecha, las posibilidades pasan por el populismo si se busca superar el estancamiento social y el retraso provocados por el capitalismo.

En ese caso, al gobierno de Kirchner habría que pedirle más populismo (tal como lo hace Laclau) y no menos. Laclau considera al kirchnerismo un populismo todavía “incompleto” si se lo compara con el chavismo. ¿Qué quiere decir más populismo? Que el kirchnerismo profundice el corte político que constituye al pueblo, que profundice la división de la sociedad entre los de abajo y los de arriba (estoy citándolo) y, si es necesario, que rompa los marcos institucionales que se convierten en barreras a la vitalidad y la dinámica de la decisión política;

que defina el conflicto y no se confunda: los adversarios son siempre enemigos. Laclau no está interesado en el trámite de las decisiones políticas (que son monopolio del líder); se conforma con la legitimidad electoral de origen como base de una democracia populista.

El reformismo democrático tramitado en las instituciones no solo tiene como destino el fracaso sino que no merece ser nombrado como política. Para Laclau es solo administración. La épica de lo político se sostiene en el corte, no en el gradualismo. En eso se funda el olímpico desprecio con que Laclau amonтона en la derecha o en la traición al pueblo a Hermes Binner, Ricardo Alfonsín, Elisa Carrió y Margarita Stolbizer. Tal como tratan los Kirchner desde hace un tiempo a cualquiera que definan como adversario devenido enemigo. Naturalmente, Martín Sabbatella le parece a Laclau un político inteligente y acertado. A Solanas le aconseja que vuelva a dedicarse al cine.

Con este reparto de premios y castigos la teoría desciende al llano. Laclau puede sentirse satisfecho de este nuevo encuentro del pensamiento nacional de izquierda con un líder populista. Un sueño vuelto realidad gracias a un *significante vacío* llenado por los Kirchner, a quienes la teoría también les habilita la reelección indefinida. Sería cosa de modificar la Constitución, ese fetiche.

Chantal Mouffe se interesa por cuestiones diferentes y, por eso, es esperanzador que se diga que la presidenta la estima, aunque todavía no haya dado muestras concretas de esa simpatía intelectual. Plantea no la partición conflictiva de lo político (que por supuesto da por descontada), sino las formas en que la política puede tramitar los conflictos. Para Laclau, al trazar una frontera que define al pueblo, la política ha cumplido su función fundadora y se trata, de allí en más, de las victorias que obtiene ese pueblo (o su dirigente) en una larga guerra de posiciones. Para Chantal Mouffe, en cambio, si bien es imposible abolir los antagonismos, la política puede transformarlos en “una forma de oposición nosotros / ellos que sea compatible con la democracia pluralista”, “transformar el antagonismo en agonismo” y desplegar democráticamente un “modelo adversarial”.

La diferencia entre Laclau y Chantal Mouffe es evidente. Desde la perspectiva de Laclau las instituciones liberal-democráticas son solamente formas objetivadas (alienadas, se habría dicho hace tiempo) que ocultan relaciones de poder económico y social. Chantal Mouffe, que no rechazaría de plano esta definición, tiene, sin embargo, mejores perspectivas para evaluar sus consecuencias prácticas en la escena política, entre ellas que una hipótesis de conflicto se agite continuamente como estandarte en cada uno de los escenarios cotidianos. Y esta agitación belicosa parece ser lo que está sucediendo.

Entre progresistas e impresentables

Ningún candidato del peronismo federal está ni remotamente interesado en el progresismo, la centroizquierda o la izquierda. Reutemann es sólidamente de derecha. Duhalde es un productivista, un desarrollista de esta época, a quien no le interesan en lo más mínimo las batallas culturales. Macri, más joven, es de derecha por instinto; en su visión del mundo no hay derecha ni izquierda y desconfía de las ideas que, para él, son ideologías. Los radicales tienen de cada pueblo un paisano: Raúl Alfonsín deseó inscribirse en un horizonte socialdemócrata y experimentar formas ampliadas de la democracia representativa (hay que volver a leer el discurso de Parque Norte). De la Rúa era un hombre de espíritu conservador, como Julio Cobos, que, irónico destino de un conservador, estuvo a punto de fracturar el viejo partido pasándose al kirchnerismo, con el que tenía muy pocas afinidades de estilo, excepto las que derivaban de su ambición. Hoy Ricardo Alfonsín quiere recoger la herencia ideológica progresista que su padre debió abandonar entre crisis económicas e insurrecciones militares. Menem fue un reaccionario, tanto como fue el audaz incondicional que el liberalismo económico tuvo a su servicio en la década del noventa.

O sea que los hombres que han tenido poder o que aspiran a alcanzarlo no parecen haber sido tocados por la fantasía progresista, excepto en el caso temprano de Raúl Alfonsín. Y, por supuesto, del Frente Grande y el Frente País Solidario (Frepaso), cuyos dos dirigentes más conocidos fueron Carlos Álvarez y Graciela Fernández Meijide, después del alejamiento de Fernando Solanas y la muerte de Carlos Auyero. De los políticos actuales que forman en la primera línea, Elisa Carrió representó durante años un republicanismo democrático de tono progresista, pero se concentró luego en un diagnóstico que coloca la salvación de las instituciones antes que los debates del progresismo. En Santa Fe, el intendente de Rosario y el gobernador de la provincia son miembros de un Partido Socialista que se enorgullece por sus resultados de gestión, pero que no se propuso abrir un debate nacional sobre la izquierda y el progresismo. O sea que, si hablamos de izquierda, en tal lugar del espectro se identifican los pequeños partidos de origen trotskista y las organizaciones sociales no peronistas, sectores de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) y Proyecto Sur. Salvo ellos, casi ningún político dice hoy: “Soy un hombre de izquierda”.

Los historiadores han afirmado muchas veces que Perón refundó de tal modo las identidades políticas que la división clásica entre derecha e izquierda perdió su sentido europeo o el que tiene en Chile y Uruguay. Otros agregan que, mucho antes, la Unión Cívica Radical había provocado esa dilución. El peronismo, muy notablemente, reclutó intelectuales que venían de la izquierda

tradicional, del trotskismo y de la derecha nacionalista; los sometió a un batido ideológico manifiesto en los debates de los años sesenta y setenta del siglo XX. Entre las cosas que Kirchner trajo como novedad, figura haber reanimado la conciencia de que algo políticamente valioso se juega en la definición de progresista.

Mientras tanto, hubo cambios en las teorías sobre la política. El decisionismo, es decir, la capacidad de definir un conflicto en términos de amigo y enemigo y de zanjarlo, de colocarse fuera de la ley para establecer la ley, salió del reducto filosófico de los interesados en Carl Schmitt para convertirse en un instrumento de interpretación de lo político de la manera más extensiva (y abusiva). A Kirchner se le atribuyó esa capacidad decisionista de creación vertical, de arriba hacia abajo, de lo político. Carl Schmitt fue leído en Europa y en la Argentina no como un pensador de la derecha, sino como brecha para renovar el pensamiento de la izquierda atascada en el parlamentarismo y el reformismo. Circula el rumor de que Chantal Mouffe, que ha desarrollado perspectivas tomadas de Schmitt, es texto de cabecera de la presidenta. Debe de ser muy de cabecera, porque a la presidenta no se le nota en su discurso, aunque sí en la ininterrumpida práctica de su marido.

Por otra parte, el grupo de intelectuales de Carta Abierta expuso, a partir del conflicto con el campo, tres argumentos que le dan atractivo a la idea progresista. El primero es el latinoamericanismo. Todas sus intervenciones (hasta ahora son siete cartas) mencionan a América Latina como el espacio donde se inscribe la gesta política del kirchnerismo; y dentro de América Latina, en primer lugar los países con gobiernos antiimperialistas espectaculares, pero también gobiernos progresistas como el que tuvo Chile y el que tiene Brasil. No es poca cosa subrayar que se pertenece a un continente en marcha, sobre todo si se lo define como escena histórica y no solo como mercado. Recupera viejos discursos desactivados: los de la Reforma Universitaria, los del espiritualismo antinorteamericano, los de socialistas como Manuel Ugarte y Alfredo Palacios, los del antiimperialismo revolucionario. Activa temas como la identidad cultural asentada en una geografía histórica, de los que se creía, en los años noventa, que ya estaban definitivamente enterrados.

El segundo argumento consiste en reemplazar la forma en que se denomina a los sujetos para quienes, y en representación de quienes, se hace política. Sabemos (porque lo repiten los politólogos) que esas representaciones están completamente carcomidas. Sin embargo, hay que llamar a los votantes de algún modo. La derecha y el centro los llaman la *gente*. Los intelectuales de Carta Abierta los llaman el *pueblo*. No están diciendo lo mismo, porque cuando se habla de *pueblo* todavía se quiere decir que ese *sujeto* se enfrenta con otro (la

oligarquía, los ricos, los destituyentes), y no simplemente con delincuentes que atentan contra su seguridad o narcos que les venden droga a sus chicos. El *pueblo* es una categoría política; la *gente* es una categoría electoral, un agregado de individuos encuestables. Al pueblo se puede pertenecer por afiliación, por simpatía ideológica, por solidaridad. A la gente se pertenece por *default*: se está allí.

El tercer argumento, en realidad, es una argucia. Consiste en pasar por alto lo que se le critica al Gobierno, sin examinar las razones de esas críticas, salvo cuando se las atribuye a intereses económicos encubiertos. Para Carta Abierta, todo lo que hace falta es que el Gobierno explique con mejores razones y, en algunos casos, “profundice” sus medidas. ¿Explicar mejor a De Vido, motor eficiente de la “caja” presidencial, por ejemplo? ¿Profundizar la intervención de Moreno en todas partes? ¿Enfatizar el uso de los dineros del presupuesto nacional y de los medios de comunicación estatales como si fueran de un partido o de un grupo? ¿Dejar, por incuria y desdén, que el Riachuelo siga pudriéndose? ¿Mandarles más plata al Chaco y menos a Santa Fe? ¿Explicar mejor una política vengativa con los gobernadores que no se subordinan? ¿Explicar con altas razones por qué los intendentes del Gran Buenos Aires dejaron de ser despreciables y son ahora pilares del Frente para la Victoria?

Si estas preguntas se ponen entre paréntesis, los actos de Kirchner quedan inscriptos en el progresismo, sin que sea necesario analizarlos en detalle ni considerar intervenciones difíciles de alentar como progresistas. Es una victoria discursiva.

De todos modos, el debate sobre quién es progresista y quién no interesa solo a un sector de las clases medias, urbanas, escolarizadas, con tiempo de ocio y sin las urgencias de la pobreza. No es una caracterización despectiva. De esas capas medias han salido políticos, académicos, científicos, artistas, todo lo que hace a la densidad de la cultura argentina. Fracciones de esas capas medias son progresistas y, sobre todo, modernas. Además, les está yendo bien en términos económicos, son subsidiadas en sus consumos de energía y combustible, han firmado buenos convenios colectivos. A esa relativa bonanza (impensable en 2001) se une entonces la voluntad de identificarse con algo que no repita la banalidad o la inseguridad de *thriller* que trae el noticiero de la media noche.

No deciden una elección. Pero se hacen escuchar en todas las nuevas formas del *ágora*; son hábiles en la política digital. Y, como le gusta recordar a un amigo mío, prefieren pasar por alto que los menemistas Scioli y Pichetto son hoy mariscales de Néstor. De todas formas, dicen por lo bajo, en el peronismo hubo siempre gente impresentable y lo importante es si sabe hacer bien su trabajo, sea el que sea.

La batalla cultural

El kirchnerismo se ha caracterizado por la riña con el periodismo no oficialista. Sobre esto se ha escrito mucho, aunque nunca será suficiente subrayar su debilidad de principios. Los argentinos vivimos dictaduras militares que liquidaron a periodistas, y esa imagen del pasado es tan horrenda que se la utiliza sin escrúpulos para disminuir cualquier hecho presente. Sin embargo, la libertad de prensa no admite grados: que antes haya sido atacada no disculpa transgresiones que, frente al asesinato, parecerían menos graves. Últimamente, el desdén por la prensa viene acompañado por un ataque a obras y autores, con incursiones en la Feria del Libro que terminan a los sillazos como si fuera una fiesta de fin de curso que se fue de madre, aunque son, en verdad, un intento de cortar la palabra a los gritos y por la fuerza.

Pero está en curso un proceso más novedoso. Lo llamaré *dispositivo cultural kirchnerista*, armado de partes heterogéneas que funcionan de manera más o menos independiente, aunque alineadas con el Gobierno. Se trata de un dispositivo cultural, y no de la Oficina Ideológica del Ejecutivo. Comprende iniciativas prácticas descentralizadas, aunque convergentes en sus objetivos, y una red de discursos e intervenciones que reúne instituciones del Estado, pero también formaciones de la sociedad civil. Sería conveniente pensarlo más allá de la batahola.

Desde marzo de 2008, cuando comenzaba el conflicto con el campo, el Gobierno fue apoyado por los intelectuales, académicos y profesionales de Carta Abierta, que difundieron un documento. El segundo párrafo de esa primera Carta Abierta les ofreció a los Kirchner el argumento que repitieron durante meses:

Un clima destituyente se ha instalado, que ha sido considerado con la categoría de golpismo. No, quizás, en el sentido más clásico del aliento a alguna forma más o menos violenta de interrupción del orden institucional. Pero no hay duda de que muchos de los argumentos que se oyeron en estas semanas tienen parecidos ostensibles con los que en el pasado justificaron ese tipo de intervenciones, y sobre todo un muy reconocible desprecio por la legitimidad gubernamental.

Así se compactaba el núcleo de los discursos kirchneristas: transformar un conflicto de intereses económicos y una movilización social que incluía a pequeños y grandes, pobres y ricos, en una operación golpista de nuevo tipo. La palabra *destituyente* produjo un efecto inmediato y duradero, tanto que todavía se la utilizó para caracterizar a quienes se oponían a la ley de medios audiovisuales, más de un año y medio después.

Carta Abierta hizo reuniones en la Biblioteca Nacional, que dirige Horacio González, uno de sus miembros de más larga tradición peronista y gran influencia intelectual. A algunas de ellas asistió Kirchner. No se frecuentan con mayor asiduidad porque los Kirchner no tienen tiempo para intelectuales y la presidenta cree que en esas cuestiones se arregla sola.

Alrededor de Carta Abierta, otras formaciones, como Red de Mujeres con Cristina, semanalmente reparten citas por correo electrónico, extraídas de *Página 12* o de Laclau y Žižek, en amable armonía epistemológica. Estos hebdomadarios “ramilletes de pensamiento” difunden, más allá de los círculos especializados, fórmulas políticas que no ofrecen los discursos del Gobierno (generalmente pobres, pese a las pretensiones). Son citas sobre las que se puede volver y pensar. No las subestimo, porque forman parte de una larga tradición de frases y epigramas políticos para el uso de sectores menos intelectuales que quienes los difunden. Se intenta una expansión hacia afuera de la élite.

Pero las iniciativas de Carta Abierta y sus subsidiarias, como puede comprobarlo quien haya asistido a algunos de los actos recientes o a las actividades en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), quedan dentro de un espacio académico y profesional relativamente restringido. No hacen opinión pública, salvo entre los lectores de *Página 12*, que están habituados a las intervenciones periodísticas de esos mismos intelectuales, o en medios incluso de menor circulación, como *Contraeditorial*, las revistas del grupo Spolsky y la mejor realizada *Debate*. De cualquier modo, todo va sumando: de las sucesivas cartas abiertas al más deshilachado y amarillo *Veintitrés*, circula un discurso con diversos niveles de escritura. Estas iniciativas permanecen todavía dentro de lo que se llama campo intelectual y sus cercanías.

No conozco el número de lectores de *Página 12*, pero incluye un progresismo convencido de que, ante el fracaso de otros progresismos, Kirchner es su última oportunidad y de que la política de derechos humanos y el enjuiciamiento de los terroristas de Estado imponen tragarse algunos sapos. En este arco, *Página 12* se combina dinámicamente con lo que hoy parece ser un centro del dispositivo cultural: el programa de televisión 6, 7, 8, magazín con participación estelar de Sandra Russo, del corazón de *Página 12* (la única mujer que en ese diario ha firmado contratapas) y autora de un libro, que ha sido adelantado por el diario, sobre la dirigente Milagro Sala; con cartel francés se luce Orlando Barone (que ha dejado la revista *Gente* en el pasado para ser columnista de *Debate* e impávido humorista de la televisión oficial).

No se puede subestimar 6, 7, 8 con la respuesta sencilla de que se ve el programa porque está enmarcado en las emisiones de *Fútbol para todos*. Esa

respuesta ignora que tal fue precisamente el objetivo de estatizar las transmisiones mediante un contrato con la Asociación de Fútbol Argentino (AFA), que empezó costando seiscientos millones anuales y para el que ya se han anunciado refuerzos. Quien tuvo la idea no pensó simplemente en que se pasaría publicidad oficial durante los partidos, sino que el fútbol iba a calentar la pantalla de Canal 7, con un efecto de arrastre que conoce cualquiera que sepa algo de televisión. Lo que pagamos todos los argentinos es ese efecto de arrastre, que hoy beneficia a 6, 7, 8, pero que, como cualquier efecto, es ciego.

Creado por un joven de la nueva televisión, 6, 7, 8 dio lugar a una comunidad de audiencia. En el acto del 24 de marzo en la plaza de Mayo pude ver la llegada de una columna de televidentes autoconvocados por Facebook, perfectamente organizada, con sus volantes y sus remeras (“Somos la mierda oficialista”); era gente de pueblos del Gran Buenos Aires que se había organizado para llegar a la plaza, todos miembros de una pequeña burguesía progresista que no había encontrado otros lugares de expresión desde el conflicto con el campo en el cual suscribió el discurso de Carta Abierta, habiéndolo leído en su fuente original o escuchado en las versiones presidenciales. Eran decididos, incluso agresivos verbalmente, pero no violentos; militantes espontáneos, no matones. Así, el campo reducido representado por Carta Abierta se ensancha hacia zonas no profesionales ni académicas. Los intelectuales no miran 6, 7, 8, simplemente pueden ir a hablar en su escenario chacotero (vi al solemne Rafael Bielsa haciendo equilibrio al escuchar la canción pop *Somos boludos*).

Fútbol para todos, entonces, es una gran plataforma, un portaaviones que se dirige a públicos más masivos. Hay más y mejor en el futuro. En estos días, la presidenta anunció el proyecto de repartir urgentemente medio millón de decodificadores de televisión digital, norma en la que ya están transmitiendo Canal 7 y Encuentro. Así como les restituyó el derecho a los goles, el kirchnerismo no va a mantener al pueblo en la privación de señales digitales, máxime cuando el secretario de Medios, Gabriel Mariotto, ya ha anunciado una red de diez canales digitales públicos (es decir, en estas circunstancias, oficiales).

Acá entramos en aguas profundas. Mariotto actúa rápido, no se fija en menudencias, y tiene la determinación de quienes piensan que la batalla final no se gana sin una victoria comunicativa. En esto no es igual a los Kirchner, que, abandonados a su espontaneidad, simplemente ahogarían económicamente o cooptarían con negocios a la prensa, como lo hicieron en Santa Cruz. Mariotto es un graduado de Ciencias de la Comunicación, que ha leído los manuales. Los Kirchner, con gente como Mariotto, ampliaron su horizonte. Lo que se arme con

la televisión digital y la lluvia benéfica de decodificadores será la trama más fuerte de todo este dispositivo de redes.

Y también están los blogs y los blogueros, celebrados por Aníbal Fernández en una de sus últimas escapadas nocturnas como militante. La *nube K* sostiene decenas de páginas web conocidas y desconocidas (todos los opositores leen la de Artemio López, porque, con buen ojo, siempre se encuentra algo). Precisamente, la mortecina página de Carta Abierta indica el modo en que la crema de los intelectuales kirchneristas es relativamente ajena a ese mundo.

Pero lo fundamental de la *nube K* son los *condottieri* que recorren la Web buscando palabras clave que les permitan llegar a intervenciones en portales, periódicos digitales, blogs, que piden a gritos un comentario de la ortodoxia doctrinaria kirchnerista. Sobre todo, que hagan indispensable el insulto y el desliz maldiciente de un modo solo comparable con la violencia verbal que ejercen algunos comentaristas anti-K en otros foros virtuales. La Web no es una nube de ángeles que quieren simplemente comunicarse con independencia de los grandes medios.

Los blogueros y comentaristas se identifican con las formas rizomáticas de una nueva esfera virtual, donde no se es responsable ni de la injuria ni del falso testimonio. Viven del rumor que difunden y multiplican; viven también del anonimato, que es la regla que nadie se atreve a discutir. Este mundo es difícil de cuantificar. Por un lado, está el lugar común de la importancia de la Red, de Twitter, etcétera; por el otro, el temor religioso de quedarse fuera de lo nuevo; finalmente, están los vivos: la Red existe y es gratis.

El dispositivo kirchnerista no se completaría sin ella. Tampoco sería realista un cuadro que no registrara los episodios de una batalla cultural por las capas medias. Cuando se habla de hegemonía, en un sentido estricto, hay que pensar en esta dimensión donde se juega a convencer, aunque, cada vez con más frecuencia, pasen a primer plano los aficionados a las trompadas. Total, como dijo un comentarista de 6, 7, 8 en la Feria del Libro, no hay más violencia que en un concierto de rock.

Obras citadas

“Entrevista a Ernesto Laclau”. *Página 12*. 13 de mayo de 2010.

<<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-145804-2010-05-17.html>>.

Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires / México

D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.